

LA EDUCANDA.

Periodico de Sencitas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—El Calvario [soneto], por doña Joaquina G. Balmaseda.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de niños: El bilboquete, por P.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Clemencia [continuacion], por idem.—Cuento oriental.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADOS: El bilboquete.—Antimacasar ó velete de sillón.—Puntilla de crochet.—LAMINA: Figurin, núm. 774.

EDUCACION É INSTRUCCION.

EL CRISTIANISMO.



N este dia no podemos menos de tomar parte en el Misterio que celebra el Orbe cristiano. La conmemoracion de los grandes acontecimientos eleva el alma, despierta en el corazon los mas nobles sentimientos y engrandece nuestro sér. Y si el suceso que se conmemora fué solo en nuestro beneficio, el deber y la gratitud no tienen límites entonces.

Aun sin considerar bajo el aspecto divino, sino bajo el humano, la existencia, pasion y muerte de Jesucristo, no se halla igual en la historia. Desde su nacimiento, que fué una inmensa enseñanza para todos, y una severísima leccion para los grandes de la tierra, hasta su muerte, todo es grande, colosal, y en todo hay lecciones de las que no debe uno olvidarse jamás.

Si los cristianos podemos envanecernos del origen de nuestra Religion, no debe tener límites el envanecimiento de la mujer. Aun la niñez recibió de Jesucristo un enaltecimiento que se le negó hasta entonces. El Hijo de Dios llamaba hácia sí á los niños, y gustaba de verse rodeado del candor y pureza que ellos personifican.

En cuanto á la mujer, desatendida y hasta vilipendiada por el paganismo, empezó por ver que María lavaba con su sangre la mancha de la primera de su sexo, y acabó por ser colocada al nivel del hombre, la creacion mas sublime de Dios.

Bajo tan débiles bases, como eran entonces la niñez y la mujer, se fundó el cristianismo, ¿y qué mas necesitaba? No demostraba esto solo su inmen-

2.^a ÉPOCA.

so poder? Qué doctrina ha escogido jamás instrumentos mas débiles? Y cuál ha crecido tanto, si quiera? En verdad, en verdad que ni aun de esos necesitaba? Es divina y basta. Pero se humanizó, y mostró su poder de esa manera sin igual. Parecia agradecer así la horrible hecatombe de la degollacion de los inocentes, las primeras víctimas de la religion del Crucificado.

Si tanto debia á los niños, ¡cuánto no debia Jesus á su Madre! La que se ve peregrina en Belén, cobijada en un portal, despatriada en Egipto, con su hijo perdido, y sufriendo el infortunio de verle perseguido, preso, abofeteado, azotado, presentado irrisoriamente al pueblo, condenado despues á muerte, llevando al Calvario la cruz, clavado en ella, y muriendo á su vista entre dos ladrones!... cuánto sufriría! Solo puede comprenderlo una madre! Solo ellas pueden comprender tambien los Dolores que se conmemoran de María.

Si tanto sufrió en ella la mujer, ¡cuánto no merecia! Justo fué sacarla de su abyeccion y colocarla á nuestro nivel.

Y qué bien correspondió al beneficio! Vedlas en los primeros tiempos del cristianismo, constituidas en diaconisas, ayudando á los primeros cristianos á propagar la doctrina, recogiendo y guardando la sangre de los mártires, y sufriendo con ellos el martirio, arrostrándole, no solo impávidas, sino con la sonrisa en los labios, porque tenían la fé en el corazon, y esperaban la gloria inmortal. Entonces probaron que merecian ser tan consideradas como el hombre, porque al ser dignas tambien del martirio, sabian morir con el mismo valor. La religion que tales resultados producía allanaba el camino á sus apóstoles, que no tenían en verdad que esforzarse mucho para hacerla triunfar sobre cuantos obstáculos pudieran oponersela.

Y qué otra religion mas grandiosa, mas magnífica y mas digna de la humana creacion de Dios! Sin ir á buscarlas á la antigüedad pagana, vemos en

nuestros tiempos lo que es la mujer y la humanidad en la India y en la China, y vemos lo que es en Africa: ni Brama, ni Confucio, ni Mahoma supieron considerarla y respetarla; bien es verdad que no amaban á la humanidad como la amó Jesucristo, que derramó su sangre por ella, inmoló su vida por redimirnos: no podia hacer mas.

Esta sola consideracion bastaria para amar á Jesucristo como á nuestro mayor bienhechor, y considerar su doctrina como la mejor del mundo, porque nada hay en ella que no procure nuestro bien. Basada en el amor, todo en ella es ternura y bondad. Así que, no puede tener mejores apóstoles que la mujer, y nadie debe dar mayores resultados. Ella enseña al niño las primeras palabras, le hace pronunciar el nombre de Dios y balbucear las primeras oraciones, y dirige sus manecitas á formar la señal de la cruz. Asociado así el nombre de Dios y los dogmas de la religion á las criaturas, y viendo estas constantemente un ejemplo cristiano, las consecuencias no pueden menos de ser venturosas, y las semillas que así se siembran, darán indudablemente sus frutos.

La historia de los criminales nos enseña que no aprendieron la religion, y se conducen de ello en la capilla, en las gradas del patíbulo.

Enséñese al niño á amar á sus semejantes, que sepa los preceptos del que murió en la cruz por salvar á la humanidad, y la sociedad tendrá menos desgracias que lamentar y mas virtudes que bendecir.

A. PIRALA.

EL CALVARIO.

SONETO.

En la cima del Gólgota enclavada
Se vé una cruz y de ella un sér pendiente;
La magestad de Dios muestra su frente
Y la humildad del hombre su mirada.

En torno suyo muchedumbre airada
Le insulta y befa con furor creciente,
Apagando su voz triste y clemente
Entre una y otra impía carcajada.

Dobra al cabo la faz... los ojos cierra...
Horrorizado se estremece el suelo...
Se anubla el sol... la multitud se aterra...
Inútil afán ya! Tardío duelo!

La muerte el Hombre-Dios sufre en la tierra
Y nuestra Redencion baja del Cielo !!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

X.

De Leonor á Adela.

No creas, sin embargo, que débil y cobarde, dejase acusar á Rosa, sin tomar enérgicamente su defensa; no creas que al ver el funesto resultado de mi impostura, no tratase de remediar el mal por cuantos medios estuvieron á mi alcance....

No, no!... Corrí hácia Rafael, y me desdije delante de su adversario de mi aserto; corrí hácia los padres de la pobre niña, y proclamé en voz alta su inocencia!

¡Pero era tarde! la palabra calumniosa una vez pronunciada, circula rápidamente, y ya no nos es dado recojerla!

Es un negro borron que no se lava, ni aun con las lágrimas del arrepentimiento!

¡Oh, Adela, no enseñes esta carta á nuestras compañeras; pero dílas, dílas en mi nombre, que cuando se hallen á su vez en contacto con el mundo, no manchen sus lábios con la torpe maledicencia; dílas que midan sus palabras, si quieren conservar la paz de su sueño y la tranquilidad de su vida!

¿Querrás creerlo? Al tomar la defensa de Rosa, lejos de salvarla contribuí á su ruina!

En vez de prestar fé á mis palabras, todos vieron en mí un modelo de abnegacion y heroismo, el Fénix de las amigas, que no vacilaba en inmolarse por salvar á otra.

La supuesta generosidad de mi conducta hacia resaltar aun mas los deslices y la hipocresía atribuidos á Rosa, y resonaron al punto en mis oidos mil plácemes y felicitaciones.

—Tiene Vd. una sobrina que es un ángel! le decian á mi tio.

—Leonor ha estado admirable esta noche! se decian los unos á los otros.

Yo oia todas estas frases con las mejillas encendidas de vergüenza, con el corazón traspasado de dolor!

Ay, Adela! como ves, al mundo se le puede engañar muy fácilmente, pero no se puede engañar á Dios, no se puede engañar á la conciencia, y ambos se encargaron de darme un severísimo castigo.

Aquella noche no dormí: la agitacion de mi espíritu me produjo una fuerte calentura, y estuve mas de quince dias luchando entre la muerte y la vida, agobiada por el pesar, devorada por los remordimientos.

En medio de mi delirio, tan pronto veia á Rafael

caer moribundo bajo los golpes de su adversario, tan pronto á Rosa bañada en llanto, y pidiendo en vano justicia á la sociedad injusta y despiadada.

Cuando pude abandonar el lecho no era ni sombra de mí misma.

Me senté tristemente junto á la ventana que da al jardín, contemplando á lasavecillas que se solazaban entre las ramas, y envidiando su inocencia.

La doncella se ofreció á ir á cogermes algunas flores, y para que me distrajese durante su ausencia, me trajo las innumerables tarjetas que habian dejado mis amigos al venir á preguntar por mi salud.

Entre aquellas tarjetas habia una participacion de casamiento.

La abrí, é iba á leerla, cuando un criado vino á anunciarme que Rafael deseaba con insistencia verme antes de partir.

Fué tal mi turbacion al oír este nombre, que dejé caer la cabeza sobre el pecho.

El criado creyó ver en esto una señal de asentimiento, y le hizo entrar.

Yo sabia ya que su duelo no habia tenido ningun funesto resultado; pero sentí un júbilo indecible al volverle á ver ileso.

No lo sé de cierto, pero creo que mi indiferencia se habia trocado en verdadero amor.

Ambos estuvimos turbados, confusos, sin saber qué decir.

Por fin, él se sentó á mi lado, me cogió la mano, y me dijo con voz trémula.

—No he querido partir sin ver á Vd. !... sin asegurarla que tendrá Vd. siempre en mí un amigo.... un hermano !...

Estaba tan débil que un velo cubrió mi vista.

—Oh; yo no soy acreedora... murmuré!

—Vd. es una niña, interrumpió Rafael, una niña sin mundo ni experiencia. Ah, no le basta á una mujer ser buena, no le basta poseer las mas adorables virtudes, necesita cierto tacto exquisito para saber conducirse en sociedad; necesita saber hablar, saber callar á tiempo, y sobre todo ser siempre dueña de sí misma, y dominar las fútiles pasiones del momento!

Su noble conducta de Vd. en aquella noche funesta, su enfermedad y el sincero dolor que veo estampado en su semblante, me hacen comprender que aun á costa de toda su sangre quisiera recoger la palabra imprudente que hizo girones el honor de una pobre niña! Sí, lo veo, lo comprendo: lo he comprendido desde el primer instante, y por esto, antes de nuestra separacion, que quizás sea eterna, he querido venir á asegurarla de mi estimacion, de mi respeto !...

¡Dichoso del que se arrepiente, Leonor !...

Si Vd. me lo permitiera, tambien añadiría un

consejo, que acaso le será útil en el porvenir, y le recuerde mi cariño.

Cuando su sangre se enardezca, cuando su corazon palpite, cuando las pasiones turbulentas ofusquen sus sentidos, absténgase Vd. de hablar ni obrar: invoque mentalmente á su buen ángel de la guarda, y solo despues de haber recobrado la calma, devuelva la libertad á sus ojos y á su lengua.

Acostúmbrese Vd. todas las noches á examinar severamente su conciencia, pídale Vd. estrechas cuentas á sí misma de cada palabra ociosa, de cada vez que ha faltado á la verdad, aunque sea en cosas fútiles y lijeras. El que falta á la verdad se rebaja á sí mismo, é infiere una grave é inmerecida ofensa al mundo, que descansa en su buena fé y crée en sus palabras.

Vd. es buena, mi querida Leonor, Vd. será una excelente esposa, una excelente madre: quiera Dios que su lijereza, que su aturdimiento, no destruyan su porvenir, y hagan ilusoria la dicha que merece!

Yo no sabia si debia enojarme ó mostrarme agradecida al oírle hablar así: si sus palabras eran duras, su tono era bondadoso y persuasivo.

¡Cuán noble, cuán digno me pareció en aquel momento!

¡Oh, cómo había podido desdeñarle, como habia podido renunciar por mi libre albedrio á ser su esposa!

Prorumpí en llanto.

—Tiene Vd. razon le dije, obré mal, obré muy mal; pero ¿qué es lo que podría yo hacer para remediar mi falta?

—¡Vd. no puede hacer nada! me dijo sonriendo tristemente. ¡Ya lo vé Vd.: la calumnia es una saeta, que una vez partida del arco no puede volver á él!.. Lo único que se podía hacer en favor de Rosa, yo lo he hecho!...

Decia esto con un acento tan triste que la sangre se heló en mi corazon.

Un pensamiento rápido cruzó por mi mente: un pensamiento, que como el rayo, lo assolaba todo.

Cogí la participacion de casamiento, que habia quedado abierta sobre mis rodillas, fijé en ella los ojos...

¡Oh, Dios mio, Dios mio, por qué no cegué antes de ver los nombres grabados en su tersa superficie!

Escondí la cabeza entre mis manos, prorumpí en sollozos....

—¡Leonor, Leonor, exclamó Rafael con voz trémula, sería posible !...

Fijé en él los ojos inundados de lágrimas.

Estaba pálido, demudado....

—Yo creía que Vd. lo sabia! murmuró.

Hubo un instante de silencio.

—Pero sería posible? volvió á repetir con fuego.

—¡Ah, todo está ya concluido? exclamé llena de amargura. Sin embargo, no soy tan culpable como Vd. créelo!... no fué solo la ligereza la que me impulsó á mentir!... los celos, los negros celos!...

¿Por qué dije esto? ¿Yo no sé como este secreto pudo escaparse de mis labios?

—Celos Vd.! dijo Rafael con verdadero asombro. Vd. qué me ha desdeñado!... Pero yo no amaba á Rosa, repuso con vehemencia, yo no hacia mas que distinguirla entre todas por su bondad, por su candor, por su dulzura!... Me he casado con Rosa para salvarla de una inmerecida afrenta, porque sé que me hará feliz!... ¡Oh, si Vd. no la hubiese motejado, nunca, nunca jamás hubiera pensado en ella!

Cogió mi mano, la estrechó entre las suyas...

Yo me sentí desfallecer.

—¡Ah, prosiguió en voz baja, en efecto todo está concluido entre nosotros!... Dentro de algunas horas mi esposa y yo surcaremos los mares dilatados para ir en busca de otra patria y de otro cielo!...

Leonor: la felicidad llama á nuestra puerta una vez sola en la vida, ¡ay del que se la cierra por capricho, por ligereza, quizás por vanidad!... ¿Tendrá derecho de acusar á Dios en su vejez el que carece de dicha despues de haberla desdeñado, despues de haber jugado con ella en sus primeros años!...

Yo no pude responder, lloraba!... Nunca he sentido una afliccion tan grande sino cuando perdí á mi pobre madre!...

Por fortuna resonó la voz de mi tío, que hablaba con los criados.

—Tome Vd. esta sortija de la Virgen de las Mercedes, tocada á su santa imágen! me dijo apresuradamente Rafael, poniéndola en mi dedo. Guárdela Vd. en recuerdo mio!... Consúltela Vd. siempre que las pasiones turbulentas ofusquen su razon!

No pudo decir mas: entró mi tío.

Al cabo de algunos instantes recibí su último adios, y quedé con el alma destrozada!

ANGELA GRASSI.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL BILBOQUETE.

El boliche ó bilboquete tiene verdaderos títulos de nobleza, pues el antiguo historiador l'Etoile dice que Enrique III gustaba de él tanto como sus pajecillos. Decayó de esta privanza; pero la casualidad, que es la que constituye la fortuna de los juegos y tambien de los negocios serios, quiso que á mediados del reinado de Luis XV tomase tal boga, que los elegantes de mas alto tono, con la espada al lado y el sombrero de plumas, llevaban adonde quiera su bilboquete de marfil.

El bilboquete se compone de una bola de marfil

ó de madera del tamaño de las de billar, y á veces algo menor; de un palito de madera ó de marfil, de cinco á seis pulgadas de largo y del grueso del dedo pequeño. El cordon atraviesa la bola, metido por la parte mas ancha del agujero, y detenido alli por medio de un nudo; y la parte que sale de él por el extremo opuesto, se sujeta en medio del palito, uno de



El boliche.

cuyos extremos es puntiagudo, y el otro cóncavo, que forma como una taza.

El jugador de bilboquete retuerce el hilo para dar á la bola un movimiento muy vivo de rotacion; pues girando asi se aparta menos de la direccion perpendicular. Despues de hacerla saltar se la recibe ó en la parte cóncava del palo ó en la punta, que es mas difícil. Pero hay jugadores tan diestros que clavan la bola en cuantas suertes echan.

Se puede jugar entre dos, á ver quien verifica mas veces la suerte, dando un número de ellas determinado.

P.



LABORES.

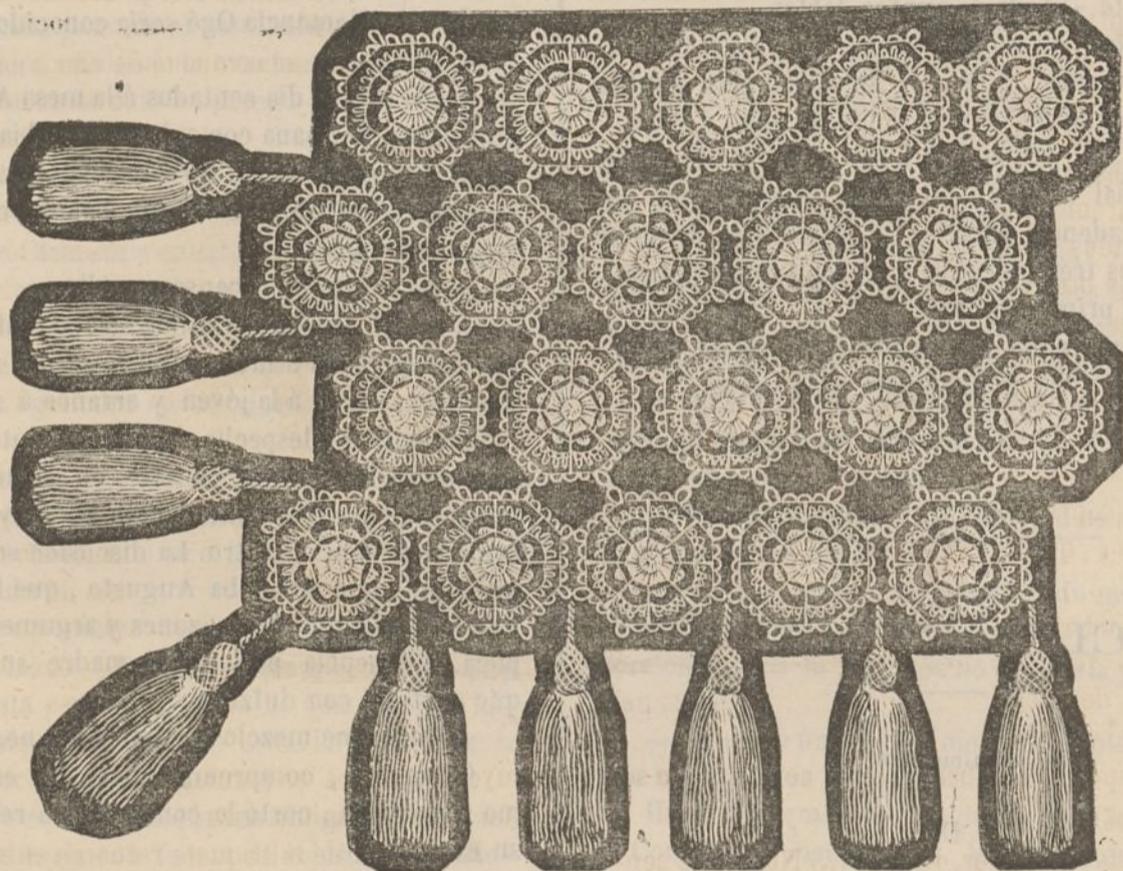
La que va en primer término en el grabado de hoy, puede lo mismo servir para antimacasar que para velete de sillón, ejecutada con algodón de Irlanda, núm. 20, que para almohadón, sustituyendo el algodón con torzal negro, y poniéndole un distinguido viso de raso carmesí ó celeste. Cada estrella se hace por separado, siendo la esplicacion de cada una como sigue.

Se forma para cada estrella un círculo de cuatro puntos sencillos de cadeneta.

2 ps. d.* Se repite tres veces de señal á señal, 5 ps. s., 1 p. d., en el tercero de estos cinco, 1 p. s., 2 ps. d., en el principio de la otra presilla; repitiendo en cada una todo lo esplicado.

7.^a—1 bar. en el calado de los cinco puntos, *12 ps. s., 1 bar. en el calado igual que sigue.*

8.^a—2 ps. d., 4 ps. s., 2 ps. d., 1 p. s. Se deja un punto de la presilla anterior, y en el que hace seis se ejecuta 1 p. d., 5 bar., 1 p. d.; terminando de ocupar la presilla con 1 p. s., 2 ps. d., 4 ps. s., 2



Antimacasar ó velete de sillón.

1.^a Vuelta.—*1 bar., 1 p. s., 1 bar. en el mismo punto de la anterior, 1 p. s.* Se repite desde la señal, lo que se considerará dicho para todas las vueltas.

2.^a—*3 bar. en el primer calado, 2 ps. s.*

3.^a—*1 p. d. en el calado de los dos puntos, 7 ps. s.*

4.^a—En la primera presilla de los siete puntos: 2 p. d., 5 bar. y 2 ps. d.; repitiendo lo mismo en cada una de las presillas sucesivas.

5.^a—1 bar. en el primer punto doble de la vuelta anterior, *9 ps. s., 1 bar. en el punto doble de la concha siguiente.*

6.^a—En la primera presilla: 2 ps. d., *4 ps. s.,

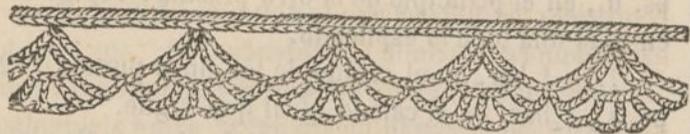
ps. d., 5 ps. s.; repitiendo desde el principio para la presilla siguiente.

Esta vuelta termina la estrella.

Para formar un antimacasar regular se necesitan 120 estrellas, poniendo 12 á lo largo y 10 á lo ancho; pero esto conforme se va haciendo se aumentan ó disminuyen estrellas, segun se quiere de tamaño. Lo mismo puede tambien hacerse redondo que cuadrado, debiendo completarle con las borlas que muestra el modelo, para lo cual no hay mas que devanar en un carton, de 10 á 12 centímetros de ancho, 80 vueltas de algodón, y con un cordón del mismo atar todas estas vueltas por la mitad, despues de cortarlas por un lado: otra hebra del algodón las sujeta á tres

centímetros del cordon, y un cucurucho hecho de malla cubre toda esta parte superior de las borlas, que se cosen por el cordon á las estrellas.

La segunda labor es una puntilla, tambien de *crochet*, y muy á propósito para guarnecer escotes de camisa, de corsé, gorras de dormir, etc.



Puntilla de *crochet*.

Ejecútase una cadeneta del largo que se desée la puntilla.

1.^a *Vuelta*.—Toda de puntos dobles.

2.^a—*2 bar. en un solo punto, 5 ps. s., 2 bar. en el punto siguiente, 3 ps. s.; se dejan seis puntos de la cadeneta anterior y se repite de señal á señal.*

3.^a—1 p. d., *3 ps. s., 1 bar.* Se repite cinco veces de señal á señal sin pasar ningun punto en claro de la cadeneta anterior, 1 p. s., 1 p. d. en el centro de los tres sencillos, y se repite toda la vuelta, menos el primer punto.

Ya se comprende que es necesario volver la labor del revés y del derecho para cada vuelta.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CLEMENCIA.

Continuacion.

IX.

Un paseo.

Aunque Mad. Ogé se sintiera orgullosa de los ofrecimientos hechos á su hija, acaso no hubiera vuelto á pensar en ellos si Augusto no se hubiese encargado de recordárselos. Éste, con la fiebre de ambicion que le devoraba, encontró muy natural que su hermana cantára en público y le enriqueciese, como en otro tiempo habia querido utilizar su matrimonio con el mismo objeto. Sin embargo, las primeras frases que pronunció apoyando esta idea, lejos de ser bien acogidas escandalizaron á su madre, que le reprochó el propósito de transformar á su hermana en una comedianta; á lo cual replicó el jóven que esas eran preocupaciones de otras épocas, y que en el dia una jóven de buena familia estaba au-

torizada á salir al teatro siempre que estuviese segura del éxito; añadiendo que una cantante no era una cómica vulgar, y que muchas damas de alto rango habian cantado en el teatro sin perder la estimacion del mundo.

Su madre indicó tímidamente que Mr. Ogé no lo hubiera permitido jamás, á lo que Augusto replicó que un hombre de talento como era su padre no hubiera sacrificado el porvenir de sus hijos á necias preocupaciones, estendiéndose en la pintura de la vida suntuosa que podrian hacer en París, Lóndres ó San Petersburgo. Mad. Ogé admiraba la imaginacion de su hijo, y acabó por decir que si Clemencia consentía, ella no haria mas que resignarse y disimular su desagrado. Augusto se dió por satisfecho, murmurando para sí, que antes de dos meses el nombre de Clemencia Ogé seria conocido en toda Europa.

Aquel mismo dia sentados á la mesa Augusto preguntó á su hermana con aplomo si habia reflexionado en la proposicion del director del teatro Italiano. La jóven miró á su madre, que bajó los ojos en silencio, y respondió:

—No he vuelto á pensar en ello.

Augusto añadió que habia hecho mal, porque la fortuna no llama á menudo á nuestras puertas, lo que hizo sonreír á la jóven y arrancó á Augusto un movimiento de despecho. Clemencia entonces le dijo que era inútil que pensase en semejante cosa, que no le agradaba cantar en público, y jamás consentiria en salir al teatro. La discusion se entabló, y esto era lo que anhelaba Augusto, que llamó en su auxilio multitud de razones y argumentos sin réplica. Clemencia pidió á su madre su parecer, la que contestó con dulzura:

—Yo no me mezclo en semejante negocio.

Clemencia, comprendiendo lo que este laconismo significaba, cortó la conversacion retirándose á su cuarto.

Desde aquel dia, siempre que se encontraban ambos hermanos se renovaban los mismos consejos de parte de Augusto, el que tuvo en breve un poderoso auxiliar.

A los pocos dias de aquel en que Clemencia obtuvo tan merecida ovacion, Laura Monti penetraba en el cuarto tercero de la calle de San Luis y, cambiadas las primeras frases de política, rogó á Clemencia la acompañase á dar un paseo: la jóven presintiendo lo que iba á oír, trató de excusarse, pero su madre la convenció, y ambas amigas subian en breve al magnífico carruaje de la Condesa, que despues de cruzar las calles de París, las llevó fuera de la poblacion.

El otoño tocaba á su fin; era uno de esos dias que no participan de la alegría del verano ni de la tristeza del invierno; uno de esos dias de extraordinario movimiento en París, en que los carruajes se

cruzan y los ginetes corren en todas direcciones, arrancando miradas envidiosas á los mortales menos favorecidos por la suerte.

—¿Nada me decís de vuestro triunfo? exclamó la Condesa. Bien veis que os he dejado tiempo de reponeiros, de familiarizaros con la gloria. ¿Veamos, cuando podré convocar á mis amigos para una segunda fiesta?

—Nunca, señora, respondió Clemencia con acento dulce y firme á la vez.

—Nunca, sin duda os burlais. Además, no teneis derecho para privar al mundo de vuestro talento. ¿Si nobleza obliga, obligará menos el génio? Cantareis mañana en mi casa, os lo suplico.

—Imposible, señora: murmuró Clemencia. He triunfado de mis escrúpulos la otra noche por vos y porque no podia preveer el resultado de mi abnegacion; si hubiera adivinado la ovacion que me esperaba me hubiese escondido en el seno de la tierra antes que esponerme á recibirla.

Laura, sorprendida cual nunca se habia sorprendido, esperaba en silencio la explicacion de este enigma; pero Clemencia callaba tambien, y era que á pesar de la poca distancia que las separaba, entre sus almas mediaba un abismo.

—Es decir, exclamó al fin la Condesa, que no encontráis nada agradable en los triunfos que os he preparado?

—Nada, señora, solo vuestras bondades, de las que guardaré eterna gratitud. Yo no he nacido para brillar en el mundo, sino en el hogar doméstico, al lado de mis padres.

—Vuestro carácter está en abierta posicion con vuestra naturaleza. ¡Teneis hermosura, talento, y temeis ser vista y admirada! Esa es una timidez infantil que acabareis por vencer como la vencisteis la otra noche por un momento.

—Si fuese el miedo lo que me obligase á huir del mundo, lo venceria con fuerza de voluntad: el miedo se cura, la indiferencia nunca! y si la otra noche me presté á cantar, fué por justificar el título de discípula vuestra.

—Pues bien, lo que habeis hecho una vez hacédlo dos, y acaso la segunda prueba os acostumbrará á esos aplausos que hoy os asustan. No os hablo por esperiencia, porque yo jamás he sentido semejante temor: por el contrario, ni el cariño de mi marido, que tanto me ama, y á quien yo adoro, compensará á mi alma de la retirada del teatro, y maldigo una y mil veces el sacrificio que le he hecho. ¡Ah! vos no comprendéis lo que es la gloria del teatro! Escitar el entusiasmo, la alegría, el dolor, los aplausos, el delirio.... ¡Ah! es vivir en una noche lo que otros en veinte años! El teatro, Clemencia, el teatro! Yo daría mi fortuna y mi dicha por los triunfos que en él os aguardan.

Su bello rostro estaba encendido de entusiasmo y sus miradas despedían fuego. Clemencia contemplándola con admiracion murmuró:

—Sois una verdadera artista: ese amor al arte que tanto os enaltece ocupa un lugar secundario en mi corazón. La música es para mí una distraccion, un consuelo en mis dolores, y si el poco talento que debo al cielo me fué concedido con otro objeto, se engañó al otorgármele la Providencia.

—Si son escrúpulos religiosos los que os alejan del teatro, no tienen fundamento: no solo en el teatro se esconde el vicio, y vos lo mismo en él que fuera de él sereis un ángel de virtud.

—¡Qué buena sois! exclamó Clemencia; pero os engaños: si tuviera semejantes escrúpulos no os amaria como os amo.

La Condesa la abrazó tiernamente, y continuó:

¿Entonces por qué resistiros así? ¿por qué no franquearos las puertas de la gloria?

—Os lo repito: porque no tengo valor para subir tan alto: porque mi corazón humilde solo ambiciona las dichas del hogar doméstico.

—¿Pero y la posicion, la fortuna? Veis este carruaje, mis salones, mis criados? pues todo lo debo á mi talento? ¿No os parece que se pasará mejor la vida rodeada de flores y perfumes en un palacio, que en vuestra humilde casa donde penetra el frío en invierno y el calor en verano? Vamos, sed prudente y asegurad vuestro porvenir.

—No envidio tampoco el lujo que os rodea, y para el que no he nacido.

—¿Pero al menos no os será grato mejorar la posicion de vuestra madre y de vuestro hermano, proporcionándoles lo que vos no envidiais y ellos codician acaso?

—Hé ahí lo único que me atormenta; ¡pero lo que me piden es imposible!

Habia tal firmeza en las palabras de la jóven, que la Condesa no insistió mas. Mandó detener el carruaje y se internaron á pié por un estrecho sendero alfombrado por las hojas que caian de los árboles, senda visitada sin duda con frecuencia por mas de un amante y un poeta. La Condesa se apoyó en el brazo de su amiga, y ambas caminaban lentamente, preocupadas por el diálogo anterior.

—Quizá, exclamó la Condesa de repente, hay otro motivo que os aleja del teatro y no me confesais.

—Cuál?

—Sed franca conmigo, ahora que ni un pájaro detenido en las ramas puede escuchar vuestra confidencia. Amais?

—Yo! exclamó la jóven estremeciéndose.

—Oh! sí, estoy segura de ello, amais á algun rico labrador de la ciudad de C... el cual muy orgulloso con sus pergaminos, no os perdonaria que fueseis una grande artista, y quereis evitarle la ver-

güenza de veros admirada por toda Europa.

— Os juro que ningun compromiso amoroso me aleja del teatro, murmuró la jóven turbada.

La hora, el silencio, el aire puro que respiraban, la calma del paisaje, la amistad tendiéndola los brazos.... todo convidaba á Clemencia á revelar su secreto. ¿Pero qué podía contar? ¿cómo referir tantos escrúpulos, tan exagerada delicadeza, tanto amor alimentado en la ausencia, desdeñoso en presencia del sér amado, y vehemente cuando abrigaba menos esperanzas? ¿qué contestaría cuando su amiga la preguntase en qué fundaba su cariño?

Hé aquí por qué á pesar de la hora, del aire puro que respiraba, y de la amistad que le tendía los brazos selló la jóven sus labios, terminando silenciosamente su paseo.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CUENTO ORIENTAL.

Un *derviche* de las cercanías del Cairo, vió un fantasma que se dirigía hácia la ciudad.

—¿Quién eres, le pregunta.

—La peste, responde el fantasma.

—¿Adónde vas?

—Al Cairo, á matar quince mil personas.

—¿No hay medio de detenerte?

—No.... ¡está escrito!

—Pues marcha; pero cuidado con hacer morir ni una mas de las quince mil.

Algunos dias despues, el *derviche* encuentra de nuevo al fantasma fuera de la ciudad.

—Tú vienes del Cairo, le dice aquél. Qué has hecho?

—He dado muerte á quince mil habitantes.

—Mientes; que has matado treinta mil.

—No, en verdad; yo no he sacrificado sino quince mil; replica el espectro marchando, los demás han muerto de miedo.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 774.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de raso blanco con otro encima de tul, sembrado de abejas de oro: un bullonado del mismo tul con viso de raso Magenta guarnece la falda de encima, levantándola

á los costados una gran escarapela color Magenta con cabos flotantes. Este recogido es muy pronunciado para que luzca la falda interior.

Cuerpo bajo con berta de bullones y cintas pasadas por ellos, y manga corta de bullon con escarapela.

Salida de baile de encaje blanco de forma de roncada, y con viso de grós que sobresale á las puntas del encaje, guarneciéndole un rizado Magenta: una capucha de grós blanco sembrada de abejas de oro, con esclavina que se prolonga en puntas por detrás, adornada de un rizado y borlas de oro, completa este distinguido abrigo que juega con el traje.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido-paletot* de moiré-antique gris, adornado de cintas de terciopelo color marron.

Este traje es de una hechura semejante al del figurin, núm 767, que se repartió en Enero, y cuyo patron dimos en Febrero.

Cuerpo y falda unidos del talle, excepto el paño de adelante, que se corta en nesga y de todo el largo necesario: los demas se dejan media vara mas cortos y se recortan en grandes picos al canto, completando el largo de la falda un volante, que lleva gran fruncido en el hueco de cada pico. Un terciopelo baja desde el hombro á guarnecer todo el borde del paletot figurado, y patas del mismo le adornan ademas.

Cinturon como el adorno, con hebilla.

Manga recta con terciopelo en toda la costura exterior.

Sombrero de tul blanco bullonado, ribeteada el ala de grós verde, y terminada por una blonda en forma de bavolet: una trenza de cinta verde de tres ramales cruza en diadema y sale del ala, cayendo por detrás sobre la blonda los tres cabos flotantes. Rostri- llo blanco, y bridas de grós blanco con ruché verde al borde, completan el adorno.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.